

acreditan á Toledo como ciudad moderna.

Habían transcurrido los días señalados por el huésped americano para su visita á la imperial Toledo. En ellos habíamos tenido tiempo, no solamente para admirar las maravillas artísticas antiguas y modernas de las dos partes integrales de la población, sino también para, internándonos en los barrios obreros y fabriles, hacernos más que regular cargo de la industria toledana, á la sazón muy rica y floreciente. Habíamos visitado las numerosas y bien organizadas fábricas de armas, manufactura toledana universalmente conocida y afamada desde los tiempos del poeta Graciano Falisco; las de tejidos de todas clases, que ocupan ellas solas millares de operarios: las muy importantes, de muebles de lujo, de cristalería artística, de papel y de loza, con otras que en este momento no acuden á mi memoria y cuyos productos todos hallan pronta y ventajosa salida, ora por la vía fluvial, que los conduce á la región occidental del reino, ora por las férreas que les hacen llegar á los más apartados rincones de Europa y aun de las demás partes del mundo. Toda esta prolija tarea que voluntariamente hubimos de imponernos, no fué obstáculo á que aún dedicáramos algunas tardes á la visita de los alrededores y sus múltiples curiosidades, cuales son, entre otras, los monumentales y pintorescos monasterios de Montesión y de la Sisa, poblados de numerosas é ilustradas comunidades de cistercienses y jerónimos; el suntuoso de San Felipe el Real, creación de Felipe II y obra de Juan de Herrera, panteón de los soberanos españoles y octava maravilla del arte; el real sitio de Azucaica, en fin, instituido por Felipe V, residencia regia, en toda la extensión de la palabra, ante cuya magnificencia y belleza las de Versalles, Laeken ó Friedrichsruhe huirían maltrechas y avergonzadas....

Apercibido ya mi amigo para la marcha, hechos sus postreros preparativos é instalado, por último, en el convoy expreso que había de conducirle á Andalucía, asistía yo, de pie en el andén, á su partida. El instante preciso llegó al fin y la locomotora lanzó al aire un silbido prolongado y penetrante que repercutió extrañamente en mis oídos y en mi sértodo, cual si mi existencia adquiriera entonces una modalidad distinta ó pasara á una fase nueva

Y así era en efecto. Recorriendo el trayecto que separa á Madrid de Toledo habíame quedado dormido, y al despertar de mi sueño y volver á la realidad de la vida cuando el silbido de la locomotora anunciaba la llegada á aquella última población, en lugar de hallarme ante la populosa capital de España, hallábame ante una capital de provincia de segunda clase, y en vez de percibir el clamor y vocerío propios de la estación de una gran ciudad, sólo encontré ante mí la figura del revisor, que con aire familiar y frase llana reclamaba mi billete.

EL VIZCONDE DE PALAZUELOS.

LOS TROVADORES

POR

Abdón de Paz

(Conclusión)

LEGADO á su cénit el provenzal antes que ningún otro idioma neolatino, por maravillosa conjunción de aquellas influencias, sirvió de intermedio á las restantes jergas de Europa. De aquí la celeridad con que sus rapsodas facilitaron principalmente del Ródano al Sena, y al Tíber, y al Tajo, el tránsito definitivo, no diré de la síntesis al análisis, ni siquiera de lo objetivo á lo subjetivo, cuando entiendo que en el Arte como en la Naturaleza juegan á una todos los elementos, pero sí el tránsito de lo añoso que se deshojaba á lo virgen que florecía.

Dominada la Galia Meridional unas veces por los godos de aqueude el Pirineo, otras por los francos de allende el Loira, evidenció, al repeler la invasión de los emires, mérito bastante para invocar su dependencia con etimología y sintaxis propias. Su *galaico*, citado por San Jerónimo (1), fué considerado desde luego como habla nacional, que, según los concilios, adoptó el clero en sus pulpitos y confesionarios, y, según las costumbres, impulsó el vulgo en sus danzas y coros, y, según las circunstancias geográficas-históricas, perfeccionó el trovero en sus *cortes* y *puys*: crisol destinado á ligar sobre bases románicas el gótico árabe de España con el greco-lombardo de Italia, hasta constituir la dulce y rica aleación que se llama *lengua de Oc*, balbucida ya, en contraposición á la *de Oïl*, desde fines del siglo IX por las personas más distinguidas de nuestro continente, incluso Chancer y Waltero, que la utilizaron para adelanto respectivo del inglés y alemán. Iniciados los poetas galos en los ideales estéticos y en las combinaciones métricas del orientalismo, sintieron excitada la fantasía por las extraordinarias victorias de los doctores y soldados de Carlomagno; y mientras nosotros continuamos empuñando el acero con objeto de acabar la inmensa tragedia de nuestra Reconquista, ellos, enardecidos al fuego de su verbo patrio, empuñaron el laúd con objeto de cantar la fe de sus creencias y el amor de sus corazones. De esta suerte, el simbolismo árabe y la metafísica escolar, á la vez que destruyeron la mitología de los clásicos gentílicos (algunas de cuyas obras llevó en el siglo IX San Eulogio desde Navarra á Córdoba), impulsaron la mitología del enaltecimiento de la verdad y del amparo de la desgracia, la mitología de las hazañas caballerescas. De esta suerte nació aquella literatura, á un tiempo mística y erótica, ortodoxa y herética, que ofrece alboradas á la virtud, recuerdo de las estrofas de Prudencio y alboradas al vicio, recuerdo de las estrofas de Ovidio, pastorelas que trasciende á églogas virgi-

lianas, y serventesios que trascienden á sátiras juveniles, y novas, romances ó leyendas que imitan los cuentos griegos de Aristides, las fábulas latinas de Avieno ó los apólogos indios de Sendebad. De esta suerte fué desarrollándose y perfeccionándose aquella cultura que, trasponiendo las Alpes y cruzando Génova, llegaría al Arno, á Florencia, para reflejarse en Dante y Petrarca, y, trasponiendo los Pirineos y cruzando Barcelona, llegaría al Ebro, á Zaragoza, para reflejarse en Berceo y Alfonso el Sabio.

Nunca como ahora despertó la Providencia las relaciones entre España y Francia. La antipatía con que Navarra y Asturias acogieran á las huestes franco-aquitánicas; hasta llegar la primera á la heroicidad de Roncesvalles, y la segunda al destronamiento temporal de su rey Alfonso II, se trocó en indiferencia por parte de Cataluña, que tal vez presintió que la feudataria de Carlomagno y Ludovico Pío, desde fines del siglo VIII á mediados del IX, viviría señora del Rosellón en los comienzos del siglo X. Como á poco los príncipes aragoneses vivirían señores de Provenza, del Bearnes y de Cerdeña. Como á poco la primera de las dos ramas en que se dividió el año 1130 la casa de los Laras castellanos, viviría señora del Vizcondado de Narbona. Esta mancomunidad de intereses políticos llevaba en sí la mancomunidad de intereses literarios. Por cada trovador que recorra la corte francesa de Luis VII ó la italiana de Bonifacio de Monferrat, hallamos veinte que recorren las cortes de los condes de Tolosa y Barcelona, y de los reyes de Aragón y Castilla.

Mucho se les protegió, evocando los días salomónicos (1), en las orillas del Garona; pero no más que en las del Llobregat y del Ebro, y sobre todo que en las del Arlanzón y del Tajo. Cuando, á la sombra de las continuas romerías galas al Sepulcro de Santiago, llegan aquí juglares que modulan al fin la *lengua de Oc*, no con el inseguro balbucir del niño, sino con el firme aplomo del hombre, hallan la fraternal acogida que era de esperar de un país que apreciaba lo que valen, pues de antiguo lo tenía propios; de un país que, dado su íntimo roce con la sociedad hebraico-arábiga, tan ferviente culto rendía á la inspiración artística y al espíritu caballeresco. Alfonso VII encarga ya á Marcabrá, «el primer trovador que hubo», *lo premier trovador que anc fos*, la letra y la música de exaltados serventesios con que animar á las gentes á la reconquista de Almería, formidable cubil de piratas (1147). Y su hijo Sancho III tiene de principal cantor á Pedro de Auvernia. Y su nieto Alfonso VIII, además de los anteriores y de otros, ostenta á Pedro Vidal, que le recomienda se deje de luchas civiles para unificar pronto «la buenísima tierra española» (1190),

Terra mout bona es Espanha,

y á Folquet de Marsella, que lamenta la rota de Alarcos (1195), y á Gavaudán el Viejo, que ensalza la victoria de las Navas (1212). Pedro Vidal figura con Gui-

(1) El eximio autor de la *Historia de los Padres del Desierto* dice de los marseleses: *quod et grece loquantur, et latine, ET GALLICE.*

(1) Eclesiastés. II, 8.